

SAN FACUNDO DE RIBAS DE MIÑO

A un poco más de 7 km de Paradela, ayuntamiento al que pertenece, por la carretera provincial LU-4202, San Facundo de Ribas de Miño aparece en una ruta sinuosa que discurre entre pinos y que termina en su iglesia.

Su enclave, entre los escarpados viñedos a orillas, *ribas*, del río Miño, es una porción del paisaje típico de la Ribeira Sacra.

Iglesia de San Facundo

RODEADO DE VIÑEDOS, en la vaguada formada entre los montes Chao dos Piñeiros y O Lombao, desde donde se divisa uno de los meandros del Miño, emerge este conjunto monástico, formado hoy por el templo y la casa rectoral, que en 2014 se ha recuperado como restaurante. San Facundo de Ribas de Miño se identificó en otros tiempos con una parada obligatoria en la ruta del Camino Francés, que viniendo desde Sarria habría pasado ya por Barbadelo, Santa María de Ferreiros, San Miguel de Paradela y el Santuario de Pena Redonda, y se dirigiría desde aquí a Portomarín cruzando el río bien en barca, bien a través del puente reconstruido

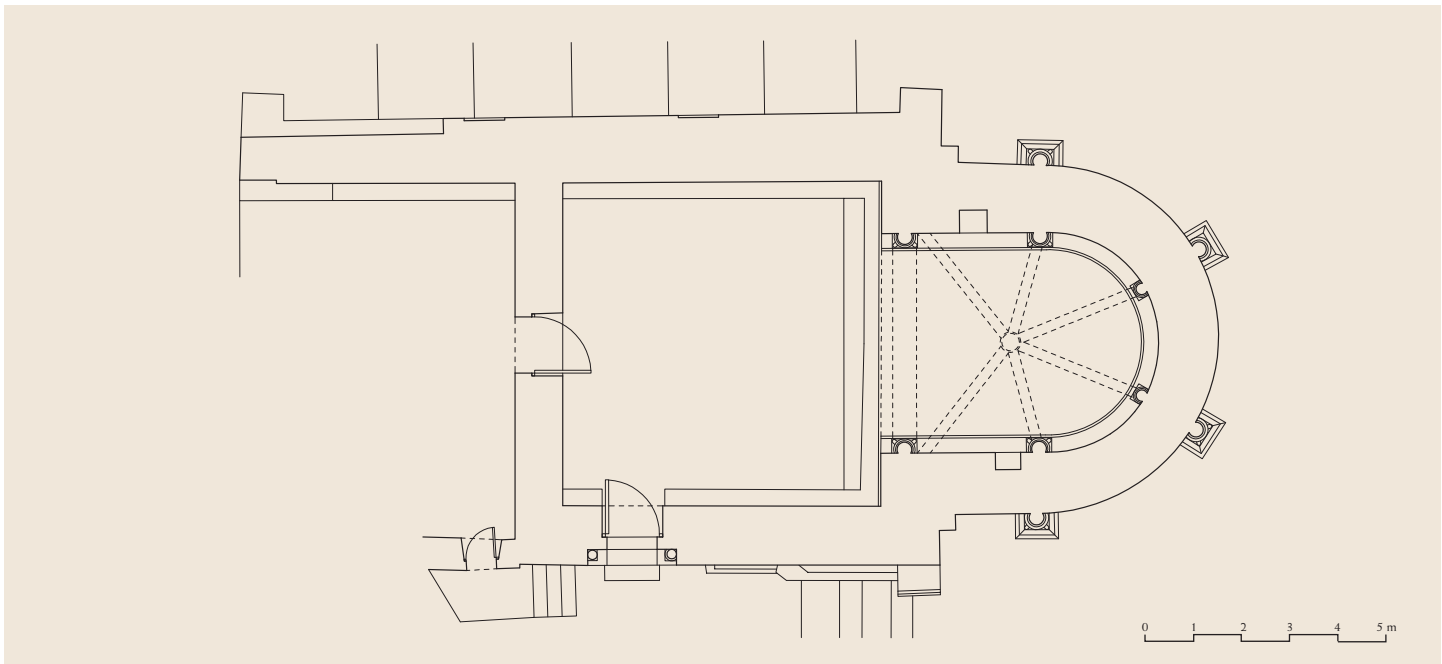
por la reina doña Urraca en 1120, que lo había destruido una década antes.

Es probable que este priorato se tratara en origen de un monasterio benedictino, como ese otro monasterio leonés de San Facundo de Sahagún, que sirvió de enterramiento para el rey Alfonso VI y que está igualmente vinculado al Camino de Santiago.

Algunos autores afirman que pudo haber pertenecido a la Orden del Temple, pero dicha adjudicación no está probada. Sin embargo, sí se posee documentación tanto de incorporación, con la reforma monástica, al Colegio de San

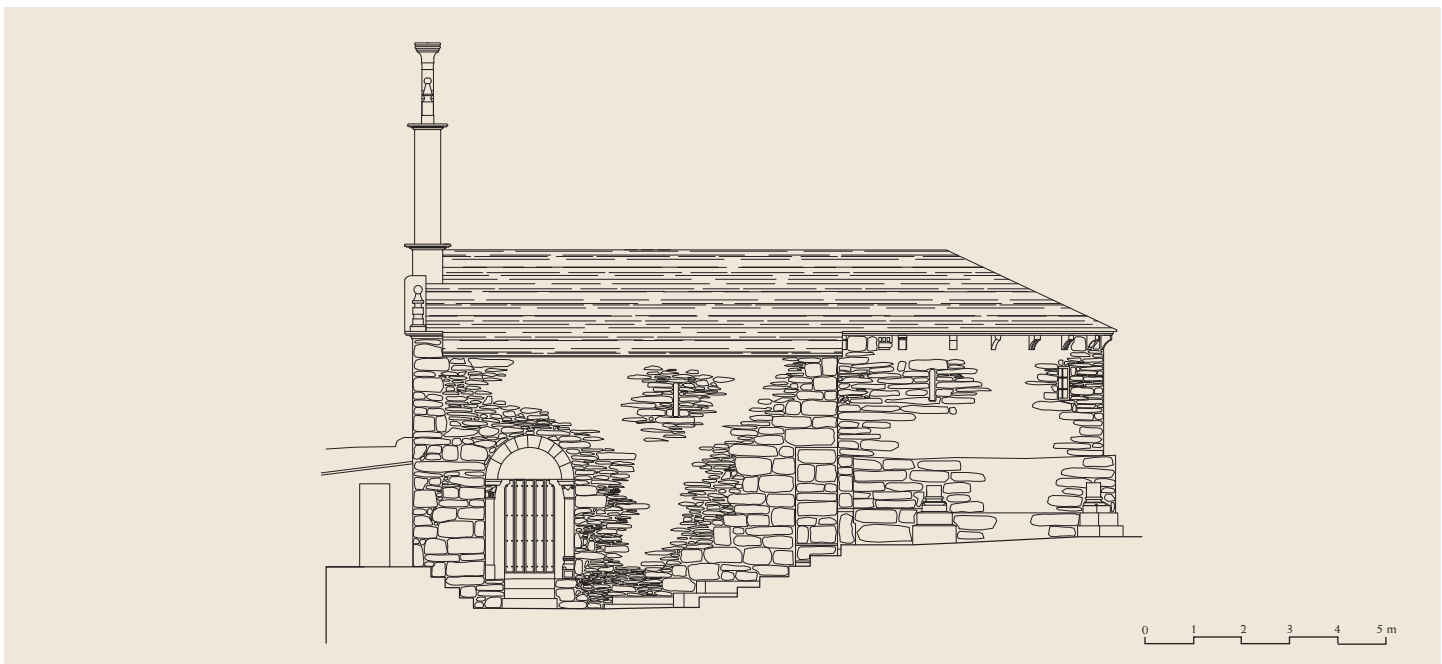


Ábside



Planta

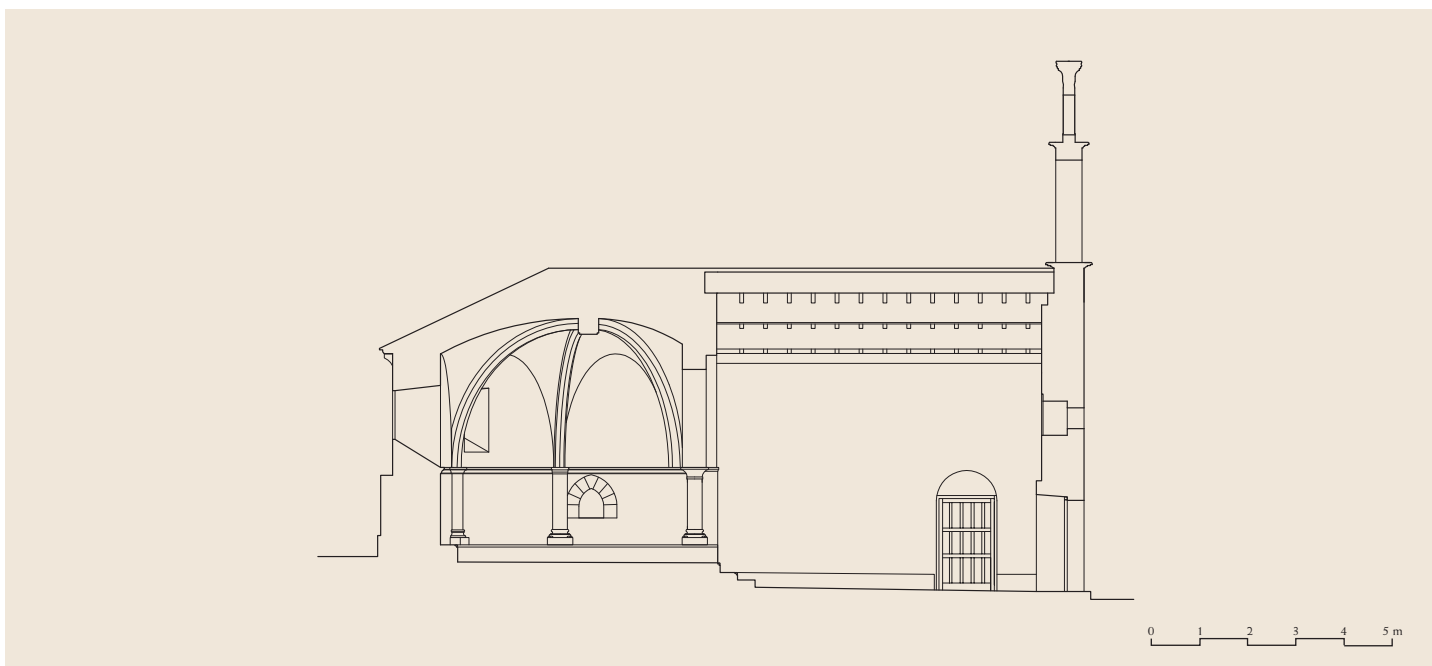
Alzado sur



Bernardo de Alcalá de Henares, como a la abadía Cisterciense de Montederramo en 1620 por la entrega de 100 ducados anuales al Colegio Complutense. De la misma manera están fundamentadas sus relaciones con el cercano Castro de Rei de Lemos, del que dista apenas 10 km.

Después de unas épocas de abandono, el templo fue descubierto en 1977 por D. Ricardo López Pacho, el cual, tras diversos trabajos de acondicionamiento y puesta en valor, impulsó su declaración como Monumento Histórico-artístico

de carácter nacional, alcanzando dicha distinción en 1982. En lo que respecta a su construcción se plantean diferentes cuestiones relacionadas con su planta y la estructura del ábside que están relacionadas con una edificación en tres etapas: una primera románica a la que pertenece el diseño de la planta y la mayor parte de los muros, una segunda gótica con la terminación de la cabecera, y otra final de transformación en el siglo XIX en la que se reduce la nave y se levanta la fachada actual.



Sección longitudinal

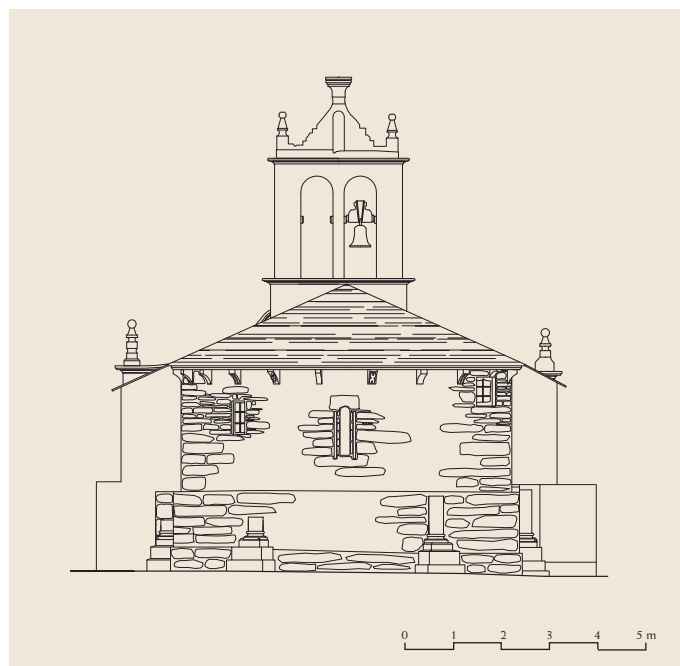
En primer lugar, la planta se organiza en dos alturas a causa de las irregularidades que presenta el terreno donde se asienta el templo y que a su vez se corresponden en su parte inferior con la nave, atrio y quizás también a un pórtico, y en la zona más elevada con el ábside. Debido a una transformación de la fachada occidental, que afectó también a los muros laterales, la nave resulta ahora de mayor anchura que longitud. Está cubierta con madera en una estructura a dos aguas. En lo que respecta al diseño de la cabecera, el ábside se concibe como un tramo recto seguido de un espacio semicircular, con bóveda de crucería.

En el interior, en los muros de la nave se conservan algunos restos de pinturas del siglo XV con temas sobre el martirio de San Sebastián así como un San Cristóbal en el momento de cruzar al Niño a hombros, siendo alumbrado por un monje negro, esto es, benedictino, en su camino hacia la otra orilla. Esta escena subraya el lugar que ocupaba el priorato como parada obligada para los peregrinos antes de atravesar el Miño hacia Portomarín.

Se abre en el muro presbiteral un arco triunfal de gran anchura con una doble arquivolta en arco de medio punto y perfil rectangular, estando el arco mayor a paño con el muro, en el que descansa a través de una línea de imposta en bisel, mientras que el arco interior se apoya en columnas de canon corto sobre un banco que se prolongará por todo el perímetro absidal.

Estas columnas se articulan en plintos y basas áticas con garras, ancho fuste, en el que aún se pueden apreciar restos de pintura con motivos geométricos, y capiteles con forma de tronco de cono invertido, con el perfil en caveto y sin decoración. Los cimacios biselados se extienden por el muro absidal

Alzado este



situándose a la misma altura que las molduras que conformarán los capiteles de las columnas que sirven de apoyo a los nervios de la cúpula.

El interior del ábside presenta algunos aspectos de compleja explicación. En primer lugar esta bóveda sexpartita cuyas nervaduras, ligeramente apuntadas, confluyen en una clave lisa, utiliza como apoyos tanto el interior de las columnas del arco triunfal, como las cuatro columnas que se disponen en el tramo semicircular, el cual, debido a esto, toma



Columna del arco triunfal

cierta apariencia de cabecera poligonal. Estas columnas adosadas, al igual que las del arco triunfal, son anchas, de canon corto y el único juego decorativo aparece en sus basas que combinan toros y escocias al modo ático. Los capiteles no llegan, en dos de los casos, a conformar una pieza definida más allá de una escueta moldura tórica. Los otros dos son semejantes a los capiteles del arco triunfal, pero en una escala más reducida, con una clara intención de reprimir cualquier efecto decorativo.

Debemos suponer que la solución de esta bóveda debe de haberse adoptado como respuesta a algún problema surgido al poco de la construcción de este templo, pues la disposición de los tramos sugiere que, en origen, la cubrición fuese diseñada con bóveda de cañón para el tramo recto y de horno para el semicircular. Como apunta Delgado, el resultado viene dado por su adscripción al Císter, que marcaría las directrices en el levantamiento de la bóveda nervada, así como en la característica austeridad decorativa en todos los elementos. Como afirma Valle Pérez, la construcción de esta bóveda se realiza ya avanzado el siglo XVI.



Portada

En el centro del muro absidal se abre una saetera con derrame interior y de borde en arco de medio punto sin que posea ninguna decoración más. En el muro sur, un nicho, perfilado con arco apuntado, sirve de cobijo a la clave de un arco conopial con la fecha 1811 inscrita en ella.

En el exterior, los paramentos muestran diferentes formas de mampostería, predominando en la parte inferior el sillar granítico regular mientras que pequeñas piezas de granito junto con pizarra se disponen en la parte media y alta de los muros.

La fachada occidental es fruto de reformas del siglo XIX que acortaron la nave del templo. Puede que ese tímpano liso que corona el vano de entrada haya pertenecido a la puerta románica original.

En el flanco meridional, traspasando el hueco adintelado que se abre en la prolongación del muro, se accede a una puerta que, en esta ocasión, sí conserva gran parte de su estructura románica. Un arco de medio punto de perfil rectangular a paño con el muro se apoya en columnas acodilladas de fustes monolíticos y lisos, levantadas sobre banco. En el

lado oriental el plinto es de diferente material granítico al del resto del apoyo, con decoración geométrica en baquetilla en los perfiles y basa formada por un doble moldura tórica más escocia inferior con bolas a modo de garras. En la parte occidental, un gran plinto prismático y sin ornato sirve de sustento a la columna. La decoración de ambos capiteles es de tipo vegetal, con detalles escuetos el del lado oriental, mientras que el occidental, visiblemente deteriorado, muestra hojas firmemente pegadas al cálato, dispuestas en dos órdenes, que rematan en volutas en el nivel superior, sin que sobresalgan del volumen total de la pieza.

Los cimacios se tallan en listel en su cara frontal, recorriendo brevemente el muro como imposta, al tiempo que se transforma en bisel en la parte interior del arco.

El vano de entrada, de acceso escalonado, remata en un tímpano liso sobre mochetas y jambas lisas.

Es sin duda el exterior absidal el que muestra una mayor singularidad con respecto a otras obras de la misma época y de próxima localización. Comenta López Pachó que cuando encontraron el templo sus alumnos podían "sentarse en el alero, tocando los pies en el suelo", esto es, el ábside se hallaba prácticamente cubierto de tierra en su totalidad. Una de las primeras tareas del profesor marista fue, entonces, despejar esta cabecera para dejar al descubierto el muro. Con regulares sillares de granito dispuestos en hiladas horizontales, este paramento, que se levanta sobre retallo correspondiendo en el interior con un podio corrido, no parece que se llegara a completar tal y como se pensó en un principio, pues hacia la mitad de su altura se aligera, se hace menos espeso, pasando a utilizar también un tipo de piedra más irregular.

Es igualmente llamativa la conservación de los zócalos escalonados, las basas y plintos, y de parte de los fustes de

las cuatro columnas que se disponen en el perímetro semicircular exterior y que lo organiza en tres tramos, como resto de un planteamiento inicial. Su emplazamiento corresponde de forma simétrica al de las columnas interiores del ábside.

El eje central se subraya con la apertura de un estrecho vano, de perfil en bocel, y rematado en un arco semicircular monolítico. Otras dos ventanas rectangulares, de factura posterior, perforan la pared absidal, aprovechando la dispersión de cargas que permiten los nervios interiores.

En el alero, bajo cornisas de pizarra, se disponen los canecillos, en su mayoría trabajados en caveto y lisos, salvo en algunos ejemplos de escueta decoración geométrica, también con motivos de punta de diamante y el más destacado, que se sitúa en un punto próximo al eje central, un rostro humano de redondas facciones.

En conclusión, como afirma Valle Pérez estaríamos ante una construcción románica del siglo XII cuya bóveda absidal fue remodelada en el siglo XVI.

Texto y fotos: PSM - Planos: MJGG/JCBR

Bibliografía

- AA.VV., 2003-2006, XXXIX, p. 204; AMOR MEILÁN, M., 1928, p. 778; ARES VÁZQUEZ, N., 1994c, pp. 41-43; ARES VÁZQUEZ, N., 1995, pp. 72-73; DELGADO GÓMEZ, J., 1996-2006, III, pp. 239-249; DURO PEÑA, E., 1972, pp. 18-19; LÓPEZ PACHO, R., 1977-1978, pp. 74-76; LÓPEZ PACHO, R., 1983, pp. 504-508; LÓPEZ PACHO, R., 1994, pp. 31-41; PEREIRA MARTÍNEZ, C., 2005, II, p. 252; RIELO CARBALLO, N., 1974-1991, XXVI, pp. 222-223; VALIÑA SAMPEDRO, E. *et alii*, 1975-1983, V, pp. 362-365; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, p. 201; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1995a, X, pp. 398-401.

